

Recordando a Amado Alonso*

JUAN ALONSO**

Puesto que soy el único de los hijos de Amado Alonso que ha seguido una carrera literaria, se me ha preguntado de vez en cuando sobre la influencia que tuvo en mí como escritor.

Francamente, durante gran parte de mi vida, yo había creído que no tuvo ninguna. O sólo de la manera más subterránea. Por lo menos, ninguna que fuese directa. Mi padre estuvo lejos de ser omnipresente durante mi niñez. Cuando nos encontrábamos, él era cariñoso, de ninguna manera severo. Pero no hubo entre nosotros momentos para hacer intercambios intelectuales o, más específicamente, para discutir y compartir nociones literarias. Yo era todavía demasiado niño para participar en aquello, al contrario que mis hermanos mayores, quienes, debo añadir, están, orgullosamente, muy lejos de ser personas «literarias», lo cual es diferente de ser anti-intelectuales, por supuesto. Ellos pertenecen a otras especialidades, se dedican con gran éxito a la tecnología de finales de nuestro siglo, a los negocios y a la alta demografía académica.

No llegué a conocer mejor a mi padre en parte porque murió cuando yo tenía quince años. El momento de su muerte estuvo precedido por un año de separación familiar, cuando él tuvo que trasladarse de Buenos Aires a Harvard, antes que su familia; traslado al que siguió muy pronto una larga y transformadora enfermedad, acompañada por su cada vez más honda sensación de ser un exiliado en su nuevo país.

Además, él murió mucho tiempo antes de que yo llegara a conocer su obra, lo cual, confieso hoy públicamente, aplacé durante varias décadas. Esto fue así porque yo entendía, lejanamente, que su obra era principalmente de carácter lingüístico (algún día descubriría yo que esto no era exactamente verdad) y que se caracterizaba por la búsqueda rigurosa de un «método res-

* Revista *Ínsula*, 599, noviembre 1996.

** Tufts University

petable” —esto es, algo así como «científico»—, incluso en el análisis literario. Así que, mientras yo intentaba encontrar mi propio camino como escritor y como persona, asumía que servíamos a diferentes dioses. Él no vivió para ver mi obra y no tuvo la oportunidad de comentarla. Pero yo creía que probablemente no le habría interesado mucho o, lo que es peor, que si le hubiera interesado, me habría dicho cómo hacerlo mejor, más a su manera.

UN NUEVO FORMALISMO

No obstante, a pesar de lo que yo veía como profundas diferencias que llegué a sentir como una amenaza directa, lamenté no haber podido disfrutar de la oportunidad de conocerle. Especialmente una vez que, por fin, me sentía más seguro de mí mismo. Desde luego, narcisistamente, yo estaba más preocupado por el hecho de que él no me hubiera conocido, especialmente como escritor, cuando tenía motivos para estar orgulloso de ello, que por no haberle conocido yo a él. Pero también era consciente de lo lejos que él estaba de mí tanto histórica como culturalmente, ya que se trataba de un hombre nacido en 1896 —coetáneo de F. Scott Fitzgerald, Tristan Tzara y André Breton—. Por tanto, sus experiencias intelectuales incluirían, se puede suponer, una lucha con la filología y el historicismo ancestrales y un nuevo formalismo no sólo en lingüística, sino también en crítica literaria, que se prolongaba en la búsqueda de una «gramática» del arte literario. Por supuesto, no en vano estos nuevos estudiosos de la literatura, hombres casi todos, estaban buscando la respetabilidad burguesa normalmente dada a los descendientes de los positivistas. Creo que en aquel tiempo también el psicoanálisis se esforzaba por ganar esa respetabilidad positivista, pues sus representantes no querían ser tomados por nigromantes proscritos ni ser acusados de «antirracionalismo».

En cuanto a mí, durante los últimos años de mi padre intentaba negociar mi supervivencia como adolescente en el clima conformista, xenófobo y anticomunista de los Estados Unidos de los años cincuenta, que probablemente se acentuaba aún más en un Instituto público de la zona del Gran Boston cuando uno era hijo de un profesor extranjero de Harvard, ya que Harvard, durante el período mcarthista, era popularmente considerado como sinónimo de «antinorteamericano».

Sin embargo, a pesar de lamentar no haber caído en mejor momento en su vida para haber tratado de conocerle como persona, tengo que admitir que le culpé de haber empleado tanto del breve tiempo que estuvimos juntos durante mi adolescencia pretendiendo ser lo que él sentía que debía ser: un modelo de hombre. Aún peor, de hombre intelectual. El hombre científico de literatura. Una subespecie bastante reprobable, lamento decirlo. Sin duda, por lo que él vio en mí: un chico demasiado dado a soñar despierto, quizá incurablemente. Actividad, admito, que aún practico con entusiasmo y disciplina.

Ahora encuentro comprensible su táctica paterna. Ser padre puede requerir, necesariamente —y estoy seguro de que así lo creía él, como yo también lo he creído en más de una ocasión—, una distorsión benigna de uno mismo ante su hijo; es decir, comportarse como la persona que uno no es perfectamente, pero que uno querría que su hijo fuera, por su propio bien. Es lo que probablemente produce temprano en la vida la famosa idolización del padre por el hijo, de la cual también yo participé, pues el padre se erige

ante nuestros ojos como la única forma perceptible de la divinidad. La más baja, probablemente, pero sin dejar de ser inalcanzable e ideal. No haber representado este papel teatral, colmado de voces que todavía puedo oír, tan sólo para revelar una persona nada ideal pero más accesible, y muy comprensiblemente humana, bien podría haberle parecido una debilidad y una traición autoindulgente a lo que él veía como sus principales obligaciones paternales —supongo.

Pero, comprensible o no, esto fue casi todo lo de Amado Alonso que yo encontré hasta hacerme adulto. Desgraciadamente, no había en mí nada del científico ni del positivista. No podía ni aparentarlo. Al contrario que mis hermanos mayores, cualquier cosa que fuese cuantificable me hacía caer dormido profundamente, y sin soñar. Pero no por rebeldía, como se podría suponer, sino porque no podía evitarlo. Y mientras él alentaba a sus hijos para que diesen lo mejor de sí en las humanidades, también, como parte del ideal (un ideal defensivo que dudo exista en sentido inverso entre muchos científicos), nos animaba a hacer lo mismo en las ciencias.

SEGUNDO EXILIO, TERCER CONTINENTE

El resultado de esto para mí fue que llegué a ver en mi padre a un hombre que progresivamente me desaprobaba al ver en lo que me estaba convirtiendo; o en lo que no me estaba convirtiendo. Naturalmente, yo no podía ver al hombre con sus propias dudas. Aunque sí podía ver al hombre enfermo que, a pesar de tener la Cátedra Smith en Harvard —el mejor puesto en, probablemente, la mejor universidad norteamericana—, se sentía como un inmigrante reducido a un estado de soledad, en un país cuya lengua no era la suya, y para él la lengua era tan necesaria como el oxígeno. En Buenos Aires, como parte de un deslumbrante mundo intelectual poblado por exiliados españoles como Ortega y Gasset, por residentes como Borges y por visitantes ilustres como Lorca, el célebremente encantador y sociable Amado Alonso había estado en el centro de la escena. Esto estaba muy lejos de su situación de profesor extranjero de una literatura exótica (y perdóneseme que añada: sospechosa, incluso acusada de no existir, con la excepción del *Quijote*, nada menos que por Edmund Wilson, el llamado Papa del mundo literario norteamericano, opinión fielmente repetida durante años y años) y en un Harvard de *ethos* predominantemente *wasp*, incluso entre aquellos que no lo eran. Lo que yo no llegué a comprender, y que su nieto Marc me descubriría, era que este momento en su vida representaba su segundo exilio y su tercer continente. Para él, el menos prometedor y el más ajeno. Mientras tanto, yo, en la escuela, me convertí, académicamente, en una criatura tan desastrosa que incluso se empezó a hablar de mandarme a una escuela militar, para despabilarme. Y esto venía de un padre y de una madre antimilitaristas. En resumidas cuentas, la alienación se había hecho normal. Yo estaba convencido de que ninguno de los dos conocía al otro y de que no llegaríamos a conocernos.

Continué con mi historia de incomprensión y hallazgo, pues éste también llegaría. Incluso si fue como descubrir la luz de un planeta lejano que se extinguió hace tiempo. Y ello no es tan malo cuando la luz es aún fuerte, caso que afortunadamente fue el mío.

En el Instituto me pidieron que escribiera una historia para el periódico escolar, cuyo director era amigo mío. Él, como yo, era un disidente adolescente. Y debo añadir que ambos nos considerábamos unos *beatniks*, rebeldes como el Jack Kerouac de *On the road* y el Alan Ginsberg de *Howl*. Así que le pedí a mi padre, quien, hay que decirlo, todavía me trataba cariñosamente —cuando yo no le forzaba nuevamente a la posición desesperada de comportarse como ejemplo de rectitud—, que me dejara utilizar lo que en aquel momento era su motivo de orgullo y de alegría: su dorada y elegante pluma estilográfica *Parker '51* (si algún freudiano se siente de repente activado, por favor, que mantenga la calma). Era la misma pluma que, desde que se la regalaron, él utilizaba en su estudio para escribir sus libros y artículos, como todos sus hijos sabíamos por observación directa. De manera que, puesto que yo estaba a punto de emplearme a fondo en la literatura, creía que con tal arma sería, naturalmente, más poderoso. Y mi padre, amablemente, consintió dejarme utilizar su *Parker '51*.

No recuerdo muy bien lo que escribí, aparte de que era un cuento satírico, que no puede haber sido muy bueno. Se lo mostré a mi padre. Él lo leyó serenamente en mi presencia; al terminar me sonrió sin complacencia y entonces pronunció las palabras que cambiarían mi vida mientras yo le devolvía su *Parker '51*: «Yo no podría haber escrito ni una de esas palabras con esta pluma».

El efecto fue electrizante. No quiero decir que yo estimara la elegancia de su generosidad y el aliento de sus palabras, sino que fue entonces cuando quedé convencido de que me dedicaría a escribir literatura el resto de mi vida.

Él me recordó: «Claro, tú ya tienes algo de historia en este tipo de cosas. Es verdad —me aseguró—, tú ya escribiste, a los ocho o nueve años de edad, allá en Buenos Aires, una novela de caballería de nueve páginas. ¿No te acuerdas, Juan Manuel?».

La verdad es que no me acordaba, pero desde ese día en adelante yo sentí que se encauzaba mi perversamente negativa identidad como novelista.

Mientras tanto, yo iba muy mal en el Instituto. Pero no tan mal en baloncesto, algo que él apoyaba, llegando incluso a ir a verme en varios partidos. No se puede decir que yo prometiera mucho tampoco en aquello, aunque quizá más que como escritor, ya que mis notas, incluso en inglés, eran mediocres. Por tanto, a pesar de que yo me veía como un novelista *beatnik*, seguía sintiendo que me veía —con muy buenas razones— como una decepción intelectual. Cada vez que recibía noticias de mi falta de progreso en los estudios, sabía yo que él suspiraría, sacudiría levemente la cabeza, se retiraría disgustado a su biblioteca, etc.

ANÉCDOTA Y CONSEJOS

Un día, a la anécdota mágica de la *Parker '51* se añadió otra, que tampoco supe apreciar en aquel momento, pero que ahora sí aprecio. En Arlington (Massachusetts) mi padre tenía la costumbre de salir de casa con sus hijos a dar un paseo después de cenar. Mientras charlábamos, observábamos las estrellas y mi padre nos decía dónde estaban las constelaciones, como algo pedagógico. Una tarde yo era el único que estaba en casa disponible para el paseo y salimos los dos solos. Aquella vez él aprovechó la ocasión para revelarme que había elegido mi nombre, que es Juan Manuel —reducido a Juan para el uso estadounidense—, por el infante don Juan Manuel.

«¿Quién era ése?», le pregunté a mi padre. Y me contestó: «Ni más ni menos que el primer escritor de relatos en castellano».

«Hmmm», repuse confundido, pero si bien consideré este dato simplemente como una excusa por su parte para educarme un poco más, me fijé débilmente en esta curiosa elección del nombre. Y con el tiempo, me impresionó mucho más profundamente.

Y lo más maravilloso de esta revelación de mi padre acerca de lo que él deseaba que fuese mi futura identidad, desde mis primeros días en el planeta, es que —como muchísimos años después me dijo mi madre, que lo sabía con seguridad— era mentira. No me pusieron ese nombre por el infante don Juan Manuel. Nosotros teníamos un pariente en Navarra con ese nombre. Pero era una mentira que mostraba mucha comprensión hacia mí. Un poco de mitificación oportunista por parte de mi padre, que llegué a apreciar mucho con el tiempo, especialmente cuando descubrí que no era verdad.

Aquella noche, caminando en Arlington, continuó diciéndome, ahora que me tenía a solas: «Claro, si tú quieres ser escritor, primero tienes que tener una buena educación formal. Filología, incluso. Cosa muy útil para un escritor. Sí, claro. Graduación, continuando hasta el doctorado. Y *entonces*, tú, ya *formado*, puedes lanzarte a escribir».

En mi interior descarté de antemano esto último como la propaganda habitual. Ya desde mi adolescencia, instintivamente llegué a sentir la presión que mi padre ejercía sobre mí para que me convirtiera primeramente en una persona académica formal como algo que me destruiría como escritor y que sólo produciría un académico algo menos que mediocre.

Y de hecho, a pesar de lo reformado que estoy hoy, debo confesar que, habiendo pasado por la facultad y habiendo obtenido el doctorado, llegué a experimentar esos prerrequisitos profesionales de la época, con muy pocas excepciones, como una interrupción brutal de mi educación literaria y de mi progreso intelectual. Con todo, mis notas mejoraron en la Universidad, pero yo continuaba soñando despierto, quizá de una forma más organizada, y continué escribiendo. Incluso llegué a escribir durante mis años de facultad mi primera novela, la cual recibió una reseña milagrosamente favorable en el *New York Times* y hace pocos años ha sido publicada en traducción francesa por Meridiens-Klincksieck en París. Esta primera novela, he de decirlo, fue considerada por los críticos como muy «intelectual», de manera no peyorativa.

Pero a pesar de su bondadosa y comprensiva mentira, yo creía todavía que Amado Alonso no llegó a conocerme nunca y que, mala suerte para mí, yo apenas llegué a conocerle a él. Me hubiera gustado que él hubiera conocido mi obra cuando por fin comenzó a ser verdaderamente más mía, en mi madurez, aunque yo siempre sospeché que habría desacuerdos fundamentales entre nosotros, porque, simplemente, no éramos lo bastante similares. Yo creía que el distinguido filólogo y crítico literario formalista que era mi padre biológico nunca entendería lo que yo era, ya que éramos de especies psicológicamente diferentes.

VALLE-INCLÁN Y NERUDA

Hasta hoy, aún no he leído su obra lingüística. A pesar de su indudable mérito, su novedosa modernidad y su elaboración, que me hacen sentirme

orgullosa de él, mis referencias sobre ella serán siempre de oídas. Desde luego, he visto mucho de su copiosa obra sobre literatura, comenzando por su tesis doctoral sobre Valle-Inclán, un escritor que me interesó pronto por su propio mérito, no por ser español, sino por ser, en mi opinión, uno de los artistas de la ficción más fascinantes del siglo. La tesis de mi padre era un estudio breve, y, a pesar de mostrar momentos de brillantez, yo la vi solamente como el producto final de las obligaciones de los estudios. Su trabajo sobre la novela histórica, también muy alabado, aunque yo estaba de acuerdo con lo que él decía, no me produjo una gran impresión, probablemente porque la idea del valor del género no ha sido de gran interés para mí.

Expongo ahora estas opiniones no para demostrar cómo valoro su obra, sino por lo que me iba a suceder cuando al fin leí *Poesía y estilo de Pablo Neruda*, cuando ya tenía yo casi cuarenta años. Fue el descubrimiento de un Amado Alonso por mí insospechado. Una persona a la que yo, de repente, me veía tan semejante psicológicamente que sentía, con el impacto de una revelación, que cuando él hablaba de los poemas yo lo conocía íntimamente, y que teníamos el mismo tipo de sensibilidades. Algo que normalmente no experimento. Y es más, incluso diré que, mientras le *leía*, dejaba de sentirle como figura paterna para dejar paso a un sentimiento superior de fraternidad.

Esto ocurrió porque yo había aceptado escribir un artículo sobre Pablo Neruda. Una de mis pocas incursiones en ese tipo de trabajos. Inevitablemente, esto me llevó a leer *Poesía y estilo de Pablo Neruda*, y me encontré sorprendido por muchas cosas. La primera era que yo pronto me encontraba creyendo a pie juntillas, y lo sigo creyendo, que este libro es uno de los más extraordinarios y logrados de la crítica poética moderna que yo haya leído en ningún idioma. Esto, siempre y cuando que la palabra «crítica» sea la adecuada para algo que él realmente logró, y a lo que sus contemporáneos los *new critics* norteamericanos aspiraban: la creación de una segunda obra de arte de la respuesta a una primera obra de arte. El libro de Amado Alonso sobre Neruda es precisamente eso: una experiencia intensamente poética.

Residencia en la tierra es, como todos sabemos, especialmente difícil, opaco, lleno de poesía densa y personal casi sin concesiones, con metáforas extraídas de metáforas extraídas de otras metáforas. Amado Alonso se zambulló en ese mundo y lo explicó, o mejor, lo hizo más asequible y penetrable para otros, sin miedo de ahogarse. Y lo hizo guiándose no por el análisis, ni por la lógica, sino por una intuición por simpatía admirablemente segura que le permitía una relación de corazón a corazón con la poesía de Neruda. Aprendió el idioma irracional y propio de Neruda desde sus entrañas y llegó a comunicarlo sin traducirlo. Y no lo hizo apoyándose primero sobre una reducción de componentes, de los llamados elementos y fuentes, tal y como estábamos acostumbrados a ver.

Aún más extraordinario para mí es que no sólo sentí que su intuición y vitalidad, que tan infaliblemente le habían guiado, eran auténticamente poéticas en un alto nivel, sino que, además, sus métodos y estrategias se parecían muchísimo a los míos. Confieso que leer este libro creó dentro de mí tal sensación de entendimiento que, a veces, me daba algo como entre vértigo y *dejà vu*.

También debo decir que su libro sobre Neruda me demostró una tan alta y tan poco común sensibilidad poética que hasta hoy no puedo com-

prender cómo pudo resistirse a escribir poesía, porque no hay, en ningún sitio, ni rastro de ella.

Ahora bien, todo esto no es para dar a entender que yo me consideraba capaz de lograr lo que él hizo, pues nunca pensé que lo fuera. Es sólo para decir que en sus acercamientos al problema yo sentía que él y yo lo comprendíamos de la misma manera y que, en cierto sentido, él y yo hablábamos el mismo idioma. O lo comprendíamos.

Su libro sobre Neruda fue, y no soy yo el primero en reconocerlo, un gran logro. Pero, ¿qué clase de logro? Él estuvo excepcional, creo yo, con la «otra» manera de pensar que requiere una poesía moderna tal como la más subjetiva de Neruda, que también es el tipo de pensar requerido por trabajos tan difíciles como, según diría Borges en *Las ruinas circulares*, tejer una cuerda de arena. O soñar, con los ojos abiertos, enteros hijos vivos y despiertos, para imponerlos a la realidad. Brevemente, el tipo de pensar cercano al soñar. La alucinación controlada, descubrí, también estaba dentro de su método.

Su relativamente temprana muerte causó una doble pérdida. El no tenerlo con nosotros, por supuesto, pero también el no tener el libro en el que él estaba trabajando durante sus últimos años, un libro que requeriría todas sus especiales sensibilidades y sus tan acertadas intuiciones para hacer experiencia directa, lúcida y palpable, de espectaculares voces poéticas modernas, notoriamente enajenadas, que se expresan tan a menudo mediante estrategias antirracionales. Ese libro iba a ser sobre Lorca. Me habría encantado leerlo.